

Pequeña antología de Diana Rodrigo Ruiz

IV

Amo el lado esdrújulo de tu corazón.

Ese lado estrambótico, categórico e insólito, donde todo es enigmático, exótico y hermético.

Sus aristas sórdidas, íntimas, caleidoscópicas... me hostigan, me arrastran, me atormentan.

Y sus vértices cínicos, paradójicos y múltiples se alejan de mí,
cuando estoy próxima,
cuando soy cálida...

Y mis lápices enhebran hábiles técnicas eróticas, endecasílabos melancólicos y lánguidos, sinónimos de tu hábito rígido, diabólico e irónico de ser látigo y mi antónimo.

La táctica de tu rúbrica me tiene famélica de amor, ávida de tu médula y de tu lóbulo... síntoma de este dramático deseo que ante todo pronóstico lírico de ser fábula, símbolo o parábola tendrá término en una página cualquiera, a modo de fórmula o de extraño código numérico.

Quizá no haya trágico desencuentro, quizá no seamos débiles y la pérdida y el desánimo nos sigan siendo anónimos, y continúen ganando mis mayúsculas a tus minúsculas y tus máximos a mis mínimos.

Ahora, apaguemos la lámpara y seamos relámpago.

Nuestros géneros libídines nerviosas, ráfagas móviles y con mácula... rótulos impúdicos, indóciles y pródigos corderos erigiéndose entre las sábanas de la cama.

Seamos únicas, asaltemos el éxtasis más allá de sus márgenes hasta que se nos muera el crepúsculo.

VIII

“...hay una mano que nos está cambiando de sitio el corazón...” —Luis Rosales—

Y vuelvo a ti, en ti, al plenilunio.

Y soy de tu lengua, en tu lengua, que es cáliz y bálsamo.

Y en tus manos, desbordada la luz, es la alegría y dejo de ser eclipse.

Y es a tu seno al que regreso irremediabilmente exhausta y sedienta de pasiones inconfesables y ternuras nacientes.

Y es allí, donde el sueño me atenaza las albas y quiere derrocar los relojes;

y es allí, donde hay un misterio profundo que se trenza a mi garganta y se desliza por dentro,

y se hilvana a los bordes de mi corazón, que me pregunta por ti, por los crepúsculos que nos ofrecemos como si fueran plegarias o aquelarres;

y es entonces en tu boca, desde tu boca un relámpago precipitado hacia la carne, hacia este pulso desbocado que extiende su tacto hasta tocarte.

Y el regreso es a tus ojos, a su serenidad profunda de noches insondables, al enigmático silencio que me ofreces y se sucede más allá del tiempo y los aromas;

más allá de estas pieles derretidas que son ahora médulas amantes.

Último encuentro

En aquellos años dejé de quererte,
de esperarte despierta tras los altos muros de niebla.
Aguardaba tranquila y pausada,
sentada en mi fiel butaca de madera.
Y al captar tu perfume cerraba los ojos,
recordaba y maldecía tu nombre... tu silueta.

Te cerraste tan hondo en la tristeza,
que no desdibujaba tu mente ni por un instante
que era de mí en esos momentos.
Y yo, tan triste como tú,
sentada eternamente en mi butaca de madera,
solo añoraba nuestro pasado.

¿Qué más te daba saber
de mi insomnio durante largas noches
de tu ausencia?
¿Qué más te daba?
Sabías que mi piel canela,
y mis ojos de niña inquieta
seguían allí, a la sombra
de la higuera,
fiel guardiana de tu casa y de tu compañera.

Pero la nostalgia... vaga niebla que mata,
la soledad amante de mi cuerpo
y las múltiples formas en las que se presentaba el vacío
acabó por echarme de mi rincón claustral.
Me echaron, sí, me mandaron compasivamente
a los brazos de la higuera,
debajo de una fuerte rama... seca,
que enlazaba encendida sus besos alrededor de mi cuello,
infidel caricia que me enardecía de miedo... temía tu vuelta.

Besos y caricias a mi cuello abandonado.
Y volvió de nuevo a entrecortarse mi respiración,
a jadear hasta quedarme sin aliento,
quedando únicamente de ese encuentro mortal,
un cuerpo menudo y blanco
abrazado a su rama... a su último amante.
Y triste volviste... nada hallaste en el rincón sombrío
de la butaca de madera... nada.
Y buscaste mis manos... tus queridas piernas de frambuesa,
el pelo revuelto en la almohada
o un rostro manchado de harina... nada encontraste.

Y cabizbajo te sentaste en mis horas largas de espera,
acariciando los segundos de angustia... de pena,
de añoranzas y recuerdos.
Al amanecer despertando de tu letargo,

creíste soñar un columpio lleno de sonrisas... silenciosas,
tan calladas que solo el sonido del viento
mecía la copa de la higuera.

Nuestro último encuentro se vació en una lágrima... amarga,
de tu mirada,
y una sonrisa marchita... llena,
en mi rostro de niña inquieta.

(De *Laurel*, Ediciones Amargord, 2014)